

CÉSAR ORTIZ-ECHAGÜE: EL OLVIDADO VAN DER ROHE ESPAÑOL¹

Eduardo Delgado Orusco.
Universidad Politécnica de Madrid



En el contexto de un Congreso que plantea la re-visión del proceso de modernización de la arquitectura española, encuentra su lugar natural la recuperación de la brillante figura de César Ortiz-Echagüe como introductor del modo miesiano en España². Su fulgurante paso por el período que hoy nos ocupa justifica esta comunicación.

En este punto debo también declarar mi sensación de estar vendiendo miel al colmenero al venir a Pamplona a recordar a esta figura, tan querida y conocida aquí, tanto por su señalada relación con los orígenes y desarrollo de esta Escuela como por su asociación profesional con el no menos querido y añorado profesor Rafael Echaide.

LA TRAVESÍA EN EL DESIERTO

En los primeros meses de 1998 hemos asistido a la aparición de la última obra de Gregorio Morán que describe con afilada pluma el panorama cultural de la España de posguerra y cuyo título funciona igualmente como resumen: *El Maestro en el erial: Ortega y Gasset y la cultura del Franquismo*³.

En efecto, y ciñéndonos al campo de la arquitectura en este rápido repaso del período que nos ocupa, tendrían que transcurrir más de diez años, para que comenzase el arduo peregrinar de la arquitectura española hacia el horizonte común de la modernidad.

1. Ortiz-Echagüe y Echaide. Filial SEAT. Barcelona, 1958-65. Mies van der Rohe. Lafayette Park. Detroit, 1955-63

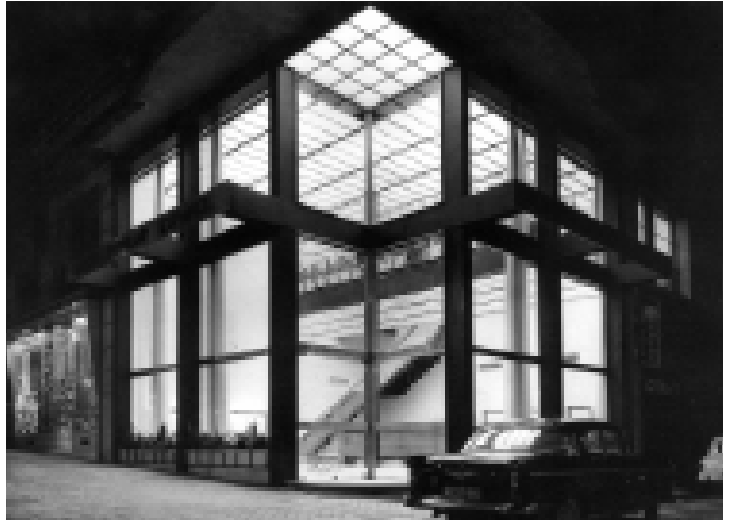
1. Con motivo del fallecimiento de Alejandro de la Sota, el diario *El Mundo* (Madrid, 16.2.1996), publicó un artículo titulado “Muere el Van der Rohe español”. Sin desmerecer en nada la fecundísima obra del arquitecto gallego intentaré mostrar la pertinencia de ese calificativo para César Ortiz-Echagüe.

Es de justicia señalar que fue el Profesor D. Carlos Sambricio quien me hizo notar el injusto olvido sufrido por la figura de César Ortiz-Echagüe.

2. Sobre la necesidad de esa recuperación habla el hecho de que Ortiz-Echagüe no fuese ni mencionado en el artículo dedicado por Juan Daniel Fullaondo a la huella de Mies en España: “Mies, España y la evolución del toreo”. *A&V* 6, 1986. pp. 72-75.

3. Tusquets Editores, Colección Andanzas. Barcelona, 1998

2. Ortiz-Echagüe y Echaide. Banco Popular. Madrid, 1958.
Mies van der Rohe. Galería Nacional. Berlín, 1965



En la década de los cuarenta actuaba una generación de arquitectos, la titulada antes del conflicto, sospechosa y estigmatizada, al menos en parte, por su colaboración con la República, insegura de sus propios principios tachados de apátridas y antiespañoles por el régimen emergente.

El breve período de coherencia con las vanguardias europeas de la arquitectura española de los treinta quiso borrarse de las memorias en un ejercicio quasi-orweliano⁴. Para ello nada mejor que el empleo de sus protagonistas en la controlada tarea de la reconstrucción. Imperio o exilio: exilio interior o exilio exterior.

Por contra, a la generación de titulados de posguerra le fueron hurtados los principios de la modernidad y suplantados por otros que hablaban de resistencia, de patria y de imperio. La lógica ausencia de madurez en los primeros años de ejercicio de esta generación produjo en muchos casos una aceptación implícita y acrítica de tales principios.

La inseguridad del momento, junto a las reales necesidades de reconstrucción y especialmente el aislamiento exterior, condujeron a la cristalización de una arquitectura entre casticista-alicorta e historicista-pastiche, por más que se evocase a Herrera o Villanueva como abuelos de la criatura.

La victoria de los Aliados en la guerra mundial introdujo una tendencia de moderado aperturismo, más en el estilo que en la política real de la dictadura. La presencia en el ministerio de Educación Nacional de Joaquín Ruiz Giménez dio un sentido político a la trayectoria cultural que representaban intelectuales como Laín Entralgo o Tovar⁵.

Junto a esta evidencia, se iba fortaleciendo la reanimación del clima cultural en España. En el panorama arquitectónico también es observable un notable enriquecimiento debido a la ruptura del aislamiento exterior a través de los viajes de nuestros arquitectos⁶.

4. Baldellou habla del "olvido sistemático" de la arquitectura del GATEPAC debido a sus connotaciones. Para el nuevo régimen sería algo así como el "arte degenerado" familiar. Cfr. MIGUEL ANGEL BALDELLOU. Alejandro de la Sota. Servicio de publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid, 1975. P.9.



La llegada a una joven madurez de los arquitectos pertenecientes a la nueva generación “titulados en esta década de posguerra” los convertirá en protagonistas de un debate para el que probablemente sus mayores carecían de vigor y puede que de argumentos.

Es la generación formada por los Fisac, Sáenz de Oiza, Sota, Cabrero y Coderch entre otros. No faltaron -y es de justicia reconocerlo- adhesiones a esta modernidad emergente de arquitectos de otras generaciones, pero también hay que decir que éstos nunca llegaron a ocupar posturas combativas o de vanguardia.

Es el caso de Gutierrez Soto que con su revisión en clave moderna del proyecto de Alto Estado Mayor en la Castellana -precisamente después de un viaje por Estados Unidos y Brasil, donde conoce la obra de Niemeyer- señala, tal vez como nadie podía hacerlo, el cierre de una etapa y la apertura hacia otra distinta de búsqueda de la modernidad⁷.

Estas condiciones de partida -una juventud que, consciente del papel que le toca jugar, lo asume con ilusión y trabajo- provocó un cierto ambiente utópico. No es de extrañar que sea en los concursos o en convocatorias extraordinarias como la I Bienal Hispanoamericana de Arte, donde con mayor frescura corran los aires de renovación de nuestra arquitectura. Esas promociones, hasta los primeros cincuenta, constituyen lo que Miguel Fisac calificó como una generación huérfana.

EL SUEÑO AMERICANO

Recién estrenada la década de los cincuenta obtienen su título de arquitecto los Javier Carvajal, Francisco Coello de Portugal, Rafael de la Joya, Manuel Barbero Rebolledo y Rafael Echaide, entre otros.

A esta generación pertenece César Ortiz-Echagüe. Una biografía sintética revela que nació en Madrid en 1927: tenía 9 años cuando estalló la guerra civil. El empuje y la fuerte personalidad de su padre tendrá, como

5. Rectores respectivamente de la Universidad de Madrid y de Salamanca. La tendencia de estos pensadores, enrolados en las filas del falangismo liberal, les hizo asumir posturas más liberales que falangistas. A ello sirvió el talante democristiano del Ministro.

6. Son ya míticas, entre otras, las estancias de Sáenz de Oiza en Estados Unidos y de Miguel Fisac en los países nórdicos. Cano Lasso trabó conocimiento con el racionalismo holandés en un viaje a Hilversum en 1949; Gutierrez Soto viajó a Estados Unidos y Brasil. Y finalmente otros arquitectos como Ramón Vázquez Molezún, Javier Carvajal o José María García de Paredes disfrutaron de estancias becadas en Roma; éste último dedicó dos años a viajar y conocer las principales arquitecturas europeas.

7. Esta facilidad para un cambio de lenguaje en los proyectos de Gutierrez Soto le definen como arquitecto de extraordinario oficio, fina intuición y lenguaje de oportunidad: el estilo entendido poco menos que como "disfraz".

8. José Ortiz-Echagüe (Guadalajara, 1886 - Madrid, 1980), militar del Cuerpo de Ingenieros; especialista en aeroestación y posteriormente dedicado a la industria aeronáutica. Fundador en 1923 de Construcciones Aeronáuticas S.A. (CASA). En 1950 funda desde el INI la Sociedad Española de Automóviles Turismo, (SEAT), de la que fue Presidente-Gerente hasta 1967.



3. Ortiz-Echagüe y Echaide. Filial SEAT. Barcelona, 1958-65
Mies van der Rohe. Crown Hall. Chicago, 1950-56



se verá más adelante, una destacada participación en la orientación creativa y en el desarrollo profesional del hijo⁸.

Formado en el Instituto Escuela de Madrid, pasó la guerra civil entre Cádiz y Sevilla, aprendiendo dibujo en las Escuelas de Artes y Oficios; de vuelta en Madrid continúa las clases de dibujo y pintura, simultaneándolas con el Bachillerato en el Colegio Alemán. Esta formación explica en parte la orientación de Ortiz-Echagüe ya en la Escuela de Madrid y, sobre todo, el papel jugado en los cincuenta, década crucial para nuestra arquitectura.

Tras su brillante titulación, Premio de la Academia de Bellas Artes de San Fernando (1952), Ortiz-Echagüe trabaja en el estudio de Miguel Fisac aunque, como es lógico, no de igual a igual. Ni por temperamento, ni por formación llegan a entenderse.

Fisac lleva diez años de profesión y aunque se encuentra balbuciendo los inicios de la arquitectura orgánica en España primera revisión coherente y con aspiración sistemática en el difícil panorama español, con su obra para el CSIC de los cuarenta es uno de los mejores representantes de un cierto historicismo, aunque sea remojado en la excelente arquitectura fascista italiana.

Así, Ortiz-Echagüe conoce de primera mano los intentos de renovación de Fisac tras su experiencia nórdica, pero su formación, de corte germano no se identifica con esa arquitectura. Tendrá que seguir buscando.

Pronto llega la oportunidad de ensayar su propio modo de entender la arquitectura: el encargo de un comedor para empleados de la factoría SEAT en Barcelona. A priori el programa resulta decepcionante... pero no para el grupo de jóvenes arquitectos que se reúnen alrededor de los tableros: Rafael de la Joya⁹, su socio de estudio Manuel Barbero Rebolledo y el propio Ortiz-Echagüe, quien escribe: Escuetamente, el programa sólo exigía que el edificio cumpliera la función de poder servir dos mil comidas en dos turnos. Pero detrás de esa prosaica exigencia se adivinaba la estupenda posibilidad de que el tiempo dedicado al almuerzo sir-

viera de verdadero cambio de ambiente a estos dos mil obreros sometidos a la monotonía de la fabricación en serie¹⁰. La elección del aluminio como material estructural resultará a la postre trascendental. Por entonces lo usaba también precursoramente Javier Carvajal, para las carpinterías de su primera obra la torre de viviendas de la madrileña Plaza de Cristo Rey.

En abril de 1957 el jurado del Reynolds Memorial Award, concedido por el Instituto americano de Arquitectura entre todos los edificios del mundo en que se emplee primordialmente el aluminio, distingue su conjunto de comedores.

El premio, que llega por sorpresa, significa un espaldarazo para su entendimiento de la arquitectura. Llega además de Norteamérica, donde se produce la arquitectura que ha inspirado su proyecto: el modo miesiano.

Es difícil definir con exactitud en qué consiste. Pocas arquitecturas en la historia de una apariencia tan simple y a la vez de mayor elaboración. Sin pretender precisar una definición para un alcance mayor que el de este artículo aventuraremos su relación con una construcción predominantemente acristalada, de volúmenes cúbicos-ortogonales; tendencia a la estructura metálica; y cuyos componentes son seleccionados entre la oferta que hace la industria americana de posguerra¹¹.

Además, los arquitectos premiados son invitados a recoger el premio en Washington, durante la celebración del Centenario del Instituto americano de Arquitectos y a visitar los Estados Unidos.

Ortiz-Echagüe conoce de primera mano las arquitecturas hasta entonces soñadas; pero el más importante sueño es el contacto directo con el padre de la criatura, el alemán afincado en los Estados Unidos, Ludwig Mies van der Rohe.

Mies había formado parte del jurado que le concedió el premio Reynolds. No resulta difícil imaginar el encuentro: un joven español, de apenas 30 años, junto al viejo monstruo que irradia magisterio con su sola presencia.

Es posible que el alemán, lengua natal de Mies y segunda lengua del joven Ortiz-Echagüe¹², suscitara una corriente de simpatía hasta el punto de hacer evocar al primero algún recuerdo de su paso por Barcelona para la edificación del Pabellón Alemán de la Exposición de 1929.

En adelante ese encuentro será una referencia viva; mucho más viva que las lejanas evocaciones herrerianas...

Debido al retraso inherente al aislamiento, la arquitectura de la España franquista apenas balbucea sus primeras letras modernas. No es sólo cuestión de diseño; la industria española apenas está saliendo de la autarquía que obligaba a la construcción sin hierro. Ortiz-Echagüe es consciente de estar sentando los cimientos, profundos cimientos de lo que debe ser el camino de la nueva arquitectura española.

En el plano artístico destacó desde su infancia como fotógrafo, desarrollando métodos personales para la elaboración de las copias, y transmitiendo a su hijo una cierta inquietud creativa.

9. Cuñado de Ortiz-Echagüe, y dos promociones anterior por la ETSAM.

10. LUIS NUÑEZ LADEVEZE. César Ortiz-Echagüe y Rafael Echaide, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid, 1973, p. 26

11. Sören Thurell, en una explicación del impacto producido por la edificación de la conocida Escuela Secundaria de Hunstanton en Norfolk, -conjunto que me permito señalar como pariente cercano de los comedores de Barcelona-, precisa: Visible steel constructions, raw brick surfaces and simple orthogonal volumes gave a clear expression of machine architecture to the building, characterized by matter-of-factness, consistency and mass produced anonymity. "Alison & Peter Smithson". ARQUITECTURA 292, Julio 1992. pp. 56-59

12. Recuérdese el paso de Ortiz-Echagüe por el exigente Colegio Alemán de Madrid.

13. Además de los Comedores (1954) y del Conjunto barcelonés de la plaza Cerdá (1958-65), las edificaciones más importantes construidas por Ortiz-Echagüe y Echaide para SEAT son: Filial en Sevilla (1957-60); Laboratorios en Barcelona (1958-60); Filial en el Paseo de la Castellana de Madrid (1962-63).

Para ello aprovecha el entendimiento con un cliente al que ha reportado fama y prestigio, y construye para la SEAT los edificios de la empresa en la Ciudad Condal. Recurre a su compañero de estudios Rafael Echaide, al que había conocido durante la carrera en el madrileño Colegio Mayor de la Moncloa.

Frente a los ligeros pabellones de los comedores premiados, la pareja Ortiz-Echagüe-Echaide ensaya una solución de densidad mixta, combinando la edificación en altura para las oficinas con los pabellones bajos para la zona de exposiciones y talleres que muestra la perfecta comprensión de la lección americana-miesiana.

Parece más que probable que Ortiz-Echagüe conociese, aún en los tableros, el proyecto de Mies y Hilberseimer para el Parque Lafayette (Detroit, 1955-1963).

Otros temas del repertorio americano de Mies como el tratamiento estructural de grandes jácenas de las que cuelga la cubierta plana del Crown Hall serán también aprovechados en los pabellones del nuevo conjunto.

Durante un lustro, el estudio Echagüe-Echaide trabaja a pleno rendimiento en proyectos que admiten con facilidad e incluso reclaman el modo de trabajar de los autores: a los sucesivos encargos de la SEAT¹³, que implícitamente los nombra arquitectos de la marca, se suceden otros “también de carácter industrial” como el del grupo FEMSA en Barcelona o el de Hauser y Menet en Madrid.

Una serie de proyectos que reviste el mayor interés, por su intensidad y carácter urbano, es el de las oficinas para el Banco Popular. Probablemente la más destacada de la serie es la de la madrileña calle de Alcalá, justo enfrente de otra del Banco Español de Crédito (Banesto), pro-

4. Mies van der Rohe. Alumni Memorial Hall. Chicago, 19



yectada y construida por Barbero y De la Joya¹⁴, colaboradores en otros proyectos y competencia en esta ocasión.

Así lo explican Carlos Flores y Eduardo Amann:

Obra muy significativa dentro de la labor de estos arquitectos, influidos por la “estética tecnológica” de Mies y SOM. Pese a tratarse de una simple instalación comercial, el planteamiento es de una seriedad y “solidez” no frecuentes en los seguidores de esta línea, de sólo aparente facilidad¹⁵.

De nuevo la feliz referencia al modelo miesiano-americano asiste a los arquitectos; desde la Lever House de los Skidmore, Owens y Merrill (Nueva York, 1952), en Estados Unidos la arquitectura moderna tiene ganada la batalla por la supremacía en el espacio de oficinas¹⁶.

En el caso madrileño se trata de un difícil solar esquinado, cuya exigüidad obliga al aprovechamiento parcial en doble altura, mediante una escalera que queda a la vista y disposición de los clientes. Puede que la mala experiencia de este hecho, verdadero pie forzado del proyecto, actúe contra su pervivencia en el tiempo.

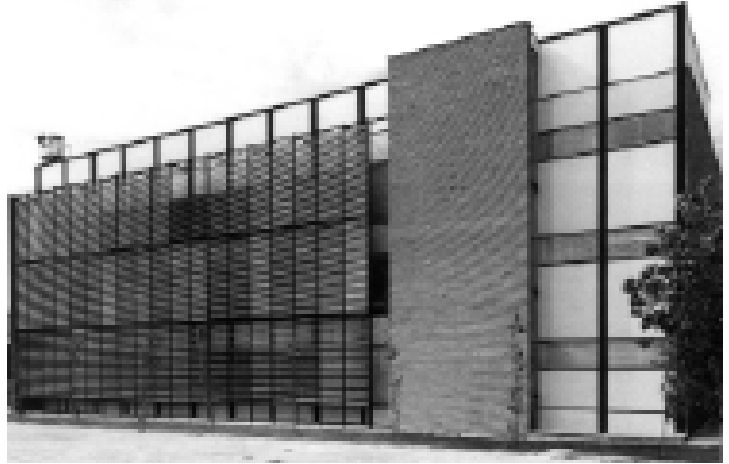
Lo que queda, al menos en la memoria, es un proyecto de mínimos, elegante trasposición del modelo americano a un esquinazo del provinciano “down town” madrileño de los cincuenta.

El empleo de materiales marcadamente industriales, como los elementos estructurales de acero visto, las grandes lunas fijas de vidrio sobre cerrajería metálica de pequeña sección en el exterior, o la carpintería de nogal, el pavimento de goma o las mamparas y falsos techos modulados metálicos en el interior, hablan de una nueva sensibilidad, cada vez más distante del pastiche de posguerra.

Aunque en un artificioso equilibrio debido a la deficiente industrialización del país, la joven pareja de arquitectos ha demostrado su capacidad para importar el sueño americano. Se trataría del mejor correlato español con el emergente brutalismo en Europa.

NUEVOS HORIZONTES

A comienzos de los sesenta, la floreciente sociedad de los dos arquitectos se tambalea, aunque no por falta de entendimiento. Al despuntar la nueva década, tanto Echaide, como el propio Ortiz-Echagüe diversifican sus intereses. Desde 1958, Echaide se había interesado por el urbanismo, realizando entre 1961 y 1962 los cursos de Técnico urbanista del Instituto de Estudios de Administración Local. En 1962 alcanza el grado de doctor y al año siguiente se convierte en profesor adjunto en la Cátedra de Proyectos Primero de la ETSAM. En 1965 se convierte en Encargado de la Cátedra de Proyectos en la misma ETSAM. Por su parte, Ortiz-Echagüe es convocado en 1961 a un grupo de trabajo para la puesta en marcha de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra, iniciativa del Opus Dei. Viaja al extranjero para conocer otras Escuelas.



Este súbito acercamiento a la docencia tiene su contrapunto profesional en dos interesantes encargos en Madrid: el Instituto Tajamar, una filial del Ramiro de Maeztu en Vallecas y el Colegio Retamar, en Somosaguas.

No obstante, la suerte está echada. Lúcidamente Ortiz-Echagüe reconoce la dificultad de mantener la tensión creativa fiel al referente miesiano y sus consecuencias.

Lo que es indudable es que estas dos obras, que esperamos tengan un interés como conjunto de espacio, como formas y como calidades, no aportan nada a esa gran tarea de la socialización de la arquitectura. En estos dos casos concretos pienso que nuestra obligación era hacer esto, pero yo no dejo de tener remordimientos, y son estos quizá los que me llevan a que, dentro del plan de investigaciones que bajo la dirección de Javier Lahuerta se están realizando en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra, yo insista una y otra vez para que se le dé un puesto muy importante a la prefabricación¹⁷.

Durante 4 años, los últimos de su estrecha relación profesional, no aceptan otros encargos. La complejidad y la necesidad de interpretar adecuadamente el tono de cada uno de estos dos conjuntos, les lleva a un trabajo exclusivo.

Los resultados muestran una evolución de intereses que se aleja, al menos aparentemente, del modelo americano. Puede que se dejasen sentir las corrientes "neo-formalistas" que circulan por Europa y que el propio Ortiz-Echagüe parece descubrir en los proyectos del Colegio de Nuestra Señora Santa María de Fernández Alba o el barrio residencial "Vista Alegre" en Zarauz, de los Encio Cortázar y Peña Ganchequi¹⁸.

En 1964 la Escuela de Arquitectura de Pamplona abre sus puertas y Ortiz-Echagüe que sigue con una labor de asesoría de distintas iniciativas en el campo de la enseñanza y en consecuencia no puede dedicarse a la docencia en las aulas universitarias, invita a su compañero que se tras-

lade a Pamplona. Los dos saben que ésto significa el cierre del estudio común. No obstante en septiembre de 1966, Rafael Echaide, que desde el año anterior era Encargado de la Cátedra de Proyectos en Madrid, da comienzo a su magisterio como Encargado de la Cátedra de proyectos de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra.

A partir de este momento habrá colaboraciones esporádicas pero siempre en obras menores. Echaide se entrega en cuerpo y alma a la docencia universitaria en Pamplona donde, transcurridos casi 30 años, fallece el 1 de enero de 1994.

En la práctica Ortiz-Echagüe abandona el ejercicio de la profesión, dedicado a la dirección de las labores del Opus Dei en España. Desde esos cargos actuará como consultor de algunas obras¹⁹.

Ordenado sacerdote, reside en Alemania desde los años ochenta.

Al margen de las motivaciones de índole personal que condujeron a César Ortiz-Echagüe y Rafael Echaide al abandono práctico de una actividad profesional floreciente y prometedora quedan para la historia algo más de 10 años de una arquitectura que mereció el reconocimiento del mismísimo Mies van der Rohe, y una sincera admiración profesional dentro y fuera de nuestro país.

Dos lustros en la misma cresta de la ola que separan la arquitectura española de la Universidad Laboral de Gijón de la de Torres Blancas, por citar dos extremos bien conocidos.

Las explicaciones de por qué no son más re-conocidas en nuestro país la obra y la personalidad de esta pareja de arquitectos habría que buscarlas en la difícil aceptación social de su arquitectura.

En la interesante publicación de Antonio Arean Fernández, José Angel Vaquero Gómez y Juan Casariego Córdoba, Madrid, *arquitecturas perdidas 1927-1986*, (PRONAOS, 1995) los Ortiz-Echagüe-Echaide cuentan con la triste presencia de dos hermosas obras: las mencionadas oficinas del Banco Popular Español de la calle Alcalá -irreversiblemente deformadas- y el conjunto para SEAT del Paseo de la Castellana, hoy lamentablemente sustituido por un edificio “de catálogo para Repsol de Echevarría”²⁰.

De poco consuelo resulta que la misma publicación recoja el recuerdo de otras obras como la vivienda de la calle Doctor Arce, de Alejandro de la Sota, la fábrica Monky de Genaro Alas y Pedro Casariego o la Sala de exposiciones HISA, de Francisco Javier Sáenz de Oiza, que corrieron igual suerte, y que como las de Ortiz-Echagüe y Echaide sirvieron para trazar el camino de la arquitectura española hacia el sueño moderno.